

G A B R I E L   G U A R D A   O . S . B .

*El Arquitecto de la Moneda*

# JOAQUÍN TOESCA

1 7 5 2 - 1 7 9 9



*Una imagen del imperio español en América*

## 31. EN LOS TAJAMARES

Como lo precisan los diccionarios, reciben este nombre en Chile, no las defensas adicionadas a las cepas de los puentes, sino los malecones o diques para contención de los desbordes de los ríos.

Las periódicas avenidas del Mapocho habían originado desde el mismo siglo XVI enormes gastos a la población, con el agravante de no ser compensados con el logro del objetivo perseguido: cíclicamente las avalanchas del río volvían a destruir costosas defensas tenidas por definitivas. Las subsistentes en la década de 1780 constituían un cuerpo de construcciones iniciado en 1700, ampliadas en 1726 y en 1765, esta vez con la intervención del ingeniero Juan Garland.

El 17 de junio de 1783, después de dos días de intensas lluvias, el cauce del Mapocho desbordó con el mayor ímpetu, irrumpiendo por calles y plazas. Los científicos de la expedición botánica Hipólito Ruiz y José Pavón, que habían arribado a la capital el 15, dejaron una patética descripción de la catástrofe: el río, dicen, “entró en la ciudad por dos partes, rompiendo el Tajamar por más arriba del cerro de Santa Lucía, e inundó muchas casas y conventos del barrio de la Cañada y de la calle de Santo Domingo”. Puente abajo testimonian que se llevó una Alameda plantada en tiempos del Presidente Guill y Gonzaga y más de 300 casas, “cuyos infelices moradores quedaron totalmente desnudos”.

Las aguas se llevaron parte del monumental Puente Nuevo, orgullo de la ciudad, y destrozando los tajamares de la margen derecha, irrumpieron por la Cañadilla, anegando el monasterio del Carmen de San Rafael, dando tema a Sor Tadea García de la Huerta para su célebre romance. Las carrozas del gobernador Guill y del Virrey Guirior, guardadas allí, se fueron aguas abajo, y al día siguiente aparecieron en las márgenes muebles de todas clases, alfombras, cuadros, platería, y “un San Juan de cuerpo entero,

de bulto, puesto en pie con un cáliz de vidrio en la mano, sin lesión alguna”.<sup>511</sup>

Dos días después el Presidente Benavides entregaba a la responsabilidad de Toesca la dirección de las urgentes medidas que debían arbitrarse ante la emergencia.

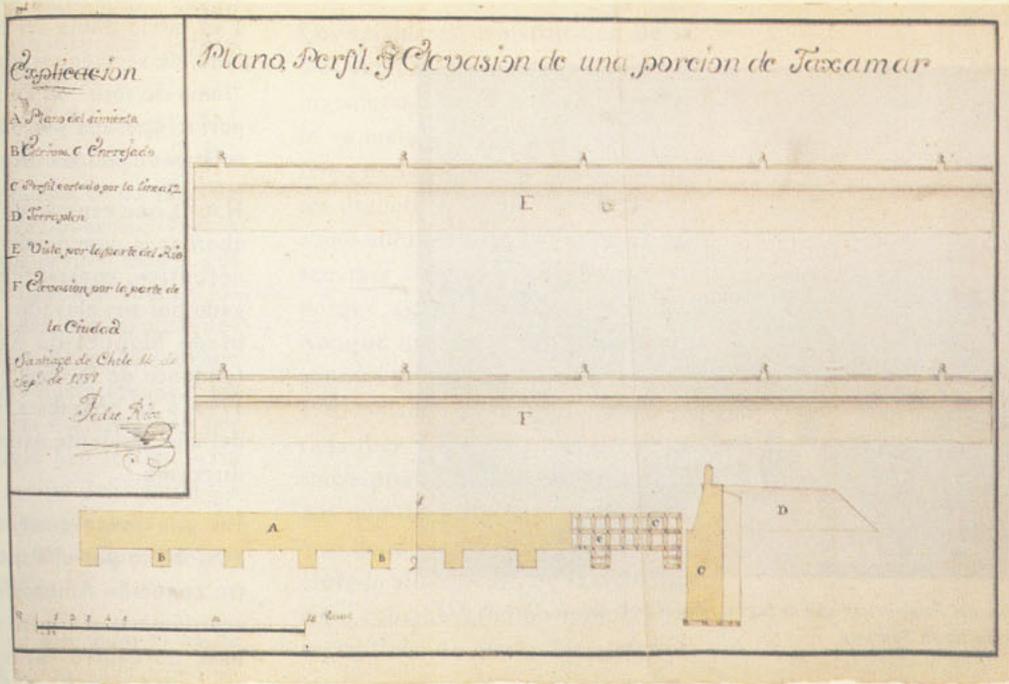
Constituido en los lugares afectados por la tragedia, con el concurso del alarife de ciudad, Agustín de Argüelles, y del superintendente de la fábrica del puente, Francisco Palacios, redactó un informe estimando en catorce cuadras la extensión que se debía dar a las defensas provisorias, consistentes en una estacada de maderos anclados al borde del cauce, mientras se construía el tajamar definitivo.

Confiado éste el 5 de setiembre a la dirección de Leandro Badarán, debemos a su mano el precioso plano que, aparte del trazado de las defensas propiamente tales, permite conocer en detalle uno de los sectores céntricos más interesantes de la capital.

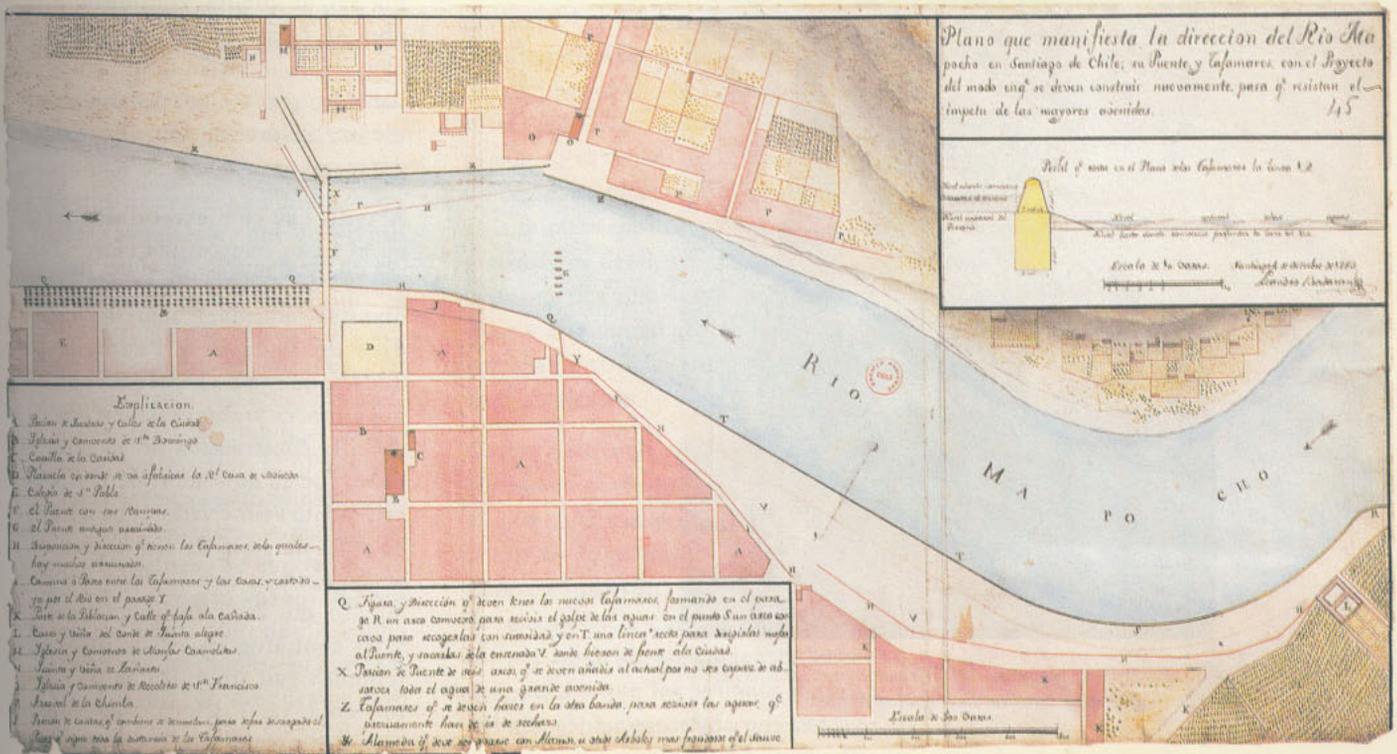
En efecto, fechado el 4 de octubre del mismo 1783, abarca quince cuadras de la traza de la ciudad, más las viñas extendidas al oriente, hasta la chacra del conde de Quinta Alegre; en el barrio norte, llamado la Chimba, se aprecia el comienzo de la Cañadilla, con el citado monasterio de carmelitas y la quinta de Zañartu, y más al oriente la recoleta franciscana, al ingreso de la arteria de igual nombre. Al puente, con sus dos rampas, Badarán propone agregarle en este cabezal seis nuevos arcos, “por no ser capaz de absorber toda el agua de una grande avenida”, desplazando ambos accesos más al norte, con sus respectivas protecciones para recibir “de rechazo” la corriente en caso de crecida. En el sector correspondiente a la ciudad son visibles los tajamares destruidos, ciñendo a corta distancia la línea de edificación; la obra propuesta, en cambio, se aparta quitando una amplia franja al lecho muerto del río y generando un amplio espacio en el cual, aguas abajo del puente, se diseñó una alameda “que debe hacerse



Plano de un proyecto de Tajamar, con el Puente Nuevo, 1780. Archivo Nacional, Santiago.



Pedro Rico: planta y elevación de una porción del Tajamar de Santiago, 1787. Archivo Nacional, Santiago.



Leandro Badarán: Proyecto de Tajamar, con parte de la planta de Santiago, 1783. Archivo Nacional, Santiago.



*Carlos Wood: Vista del Tajar con una de las bajadas al lecho del río. Oleo, S. XIX. Museo Histórico Nacional, Santiago.*



*Parapeto y "pirámide" del Tajar a fines del S. XIX. Unidad de Fotografía, Universidad de Chile.*

con Alamos u árboles más frondosos que el sauze".<sup>512</sup>

En el ángulo superior derecho, Badarán incluyó un corte de lo que a su juicio debía ser el perfil de la obra, de sección trapezoidal, con un "lomo de toro" en su superficie superior, apoyada por un terraplén de relleno en su cara interna.

Habría que esperar una década para abordar la concreción del proyecto definitivo, constantemente postergado por sus elevados costos. Nombrado Manuel de Salas superintendente de la obra en octubre de 1791, a su propuesta, el 1 de enero del año siguiente asumía Toesca su dirección.

En una junta convocada el 6 de noviembre por el Presidente, nuestro conocido Ambrosio Higgins, se acordó dotar el futuro muro con una base de cuatro varas de altura, a modo de cimiento, sobre la cual debía construirse el muro de defensa, de tres varas de alto por dos de ancho, con sus contrafuertes a regular distancia; hasta la primera vara debía ser de piedra, continuando la obra en buen ladrillo; su construcción debía iniciarse desde el lugar llamado "tres acequias" hacia el poniente, sin interrupción, a fin de asegurar su consistencia.

Al igual que en proyectos similares, en el lapso transcurrido entre 1783 y 1791 se habían ido acumulando diversas soluciones; sobre los estudios de Badarán y Pedro Rico, Toesca, que ya les había hecho algunos alcances presupuestarios, procedió a la construcción de un primer paño, que en noviembre de 1792 cubría ciento veinte varas, con un cuerpo total de siete de altura, tres de ancho hasta la cara superior del cimiento, dos varas de ancho el muro y los contrafuertes cada cuatro; en febrero siguiente se iba en las cuatrocientas varas, disponiéndose cada cien una escalera "a las playas del río"; las caras eran en talud y el parapeto, moldurado.

Los ladrillos se compraron a doce pesos el millar; la cal, de Polpaico, a un peso un real la fanega; la de arena, a medio real; cada cuadra, según

el presupuesto elaborado por Toesca, costaba 5.792 pesos. Los honorarios de los albañiles se estimaron en un peso dos reales diarios y los de los peones, a real y medio o dos, según su trabajo; el suyo ascendía a veinticinco pesos mensuales.

Como en otros casos que se han visto, su labor no se limitó a una distante supervigilancia: en palabras de Barros Arana, "el laborioso Toesca trabajaba con sus propias manos, por decirlo así, nivelando el suelo y los cimientos, enseñando a los albañiles todos los detalles de su arte, desde hacer la mezcla hasta levantar las espesas y sólidas murallas que por cerca de un siglo han resistido sin deterioro a la acción del tiempo y a los embates de las avenidas del río, que en más de una ocasión han sido formidables".<sup>513</sup>

Interrumpida su dirección el 31 de marzo de 1794 por razones económicas, elevó una información el 30 de abril justificando con tal éxito la necesidad de continuarla, que fue re- puesto el 7 de junio siguiente;<sup>514</sup> la proseguiría hasta su fallecimiento, sucediéndole Agustín Caballero y, desde 1803, Ignacio Santa María.

Inseparables de la vertiente, llamémosla, artística, los tajamares revelan uno de los más interesantes aspectos de los conocimientos de Toesca, aquellos en los que tanto énfasis ponía en su programa de estudios la academia de Madrid, "la figura, disposición, capacidad y demás circunstancias de las calles, plazas, empedrados, fuentes, puentes, caminos, calzadas, medios de hacerse y conservarse [...], presas, esclusas, ingenios y artificios hidráulicos", sus cimientos, la manera de trabar las partes, de fundarlas, su cálculo, la parte propiamente ingenieril de su profesión. Cuando Manuel de Salas propuso su nombramiento había argumentado que "además de estar bastantemente encargada la asistencia de un profesor en toda obra pública que corresponda a la parte científica, y de estar persuadido el público [...] interesado en su buen éxito y prevenido en favor de los conocimientos de este arquitecto, tendría a mal que

ella se pusiese en otras manos, le preferí a un ingeniero, de quien la arquitectura civil no es el principal estudio".<sup>515</sup>

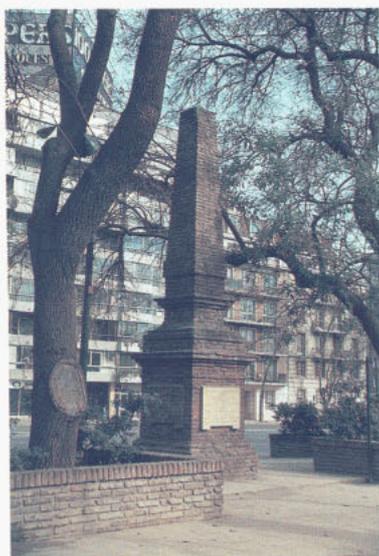
Los tajamares, construcción de la más alta categoría en el plano de la ingeniería, trascendería ampliamente su mera funcionalidad como defensa de la ciudad de los destructores desbordes del río; precisamente como arquitectura civil sería el paseo más importante de la capital, porque así lo permitía su diseño. Aunque no consultó los elegantes adornos previstos por Pedro Rico en 1787, —dados de ladrillo rematados cada diez varas por esferas insertas sobre pirámides—,<sup>516</sup> las proporciones que dio a las partes y uno que otro detalle, sobre todo, el obelisco elevado al comienzo de la construcción, constituyeron un conjunto integral lleno de gracia. Nos referiremos brevemente a aquel elemento.

Es cierto que, como señalamos, en el plano del siglo XVIII conservado en el Museo Naval de Madrid, al igual que en el dibujo de Waldegrave, se ven frente a la iglesia de San Francisco varias figuras que bien pueden ser obeliscos —aunque también columnas—, sin embargo, que sepamos, el de los tajamares es el único del cual hay exacta constancia; es la primera construcción suntuaria, graciosa, es decir, sin más justificación práctica que servir de adorno, el primer monumento de la capital, por añadidura, con fecha precisa de su construcción.

Objeto nada más clásico ni más socorrido en el repertorio formal de la arquitectura europea de la época, los obeliscos —o pirámides, como se les llamaba indistintamente—, aunque de ascendencia egipcia, pasarían a ser por adopción típicamente romanos, puesto que los antiguos emperadores habían mostrado una verdadera pasión en transportarlos a la urbe; en el siglo XVI el Papa Sixto V los reubicaría como imponentes referencias frente a las grandes basílicas; Bernini los subiría a lomos de elefantes, según puede admirarse hasta hoy en la plaza de la Minerva,



*Paseo del Tajamar. Oleo S. XIX. Museo Histórico Nacional, Santiago.*



*Estado actual de la "pirámide" reconstruida.*

y Piranesi, Erlach o Galli Bibiena los divulgarían en sus láminas, en verdadera profusión. Junto con la esfera, son considerados uno de los tipos emblemáticos de la arquitectura de la razón;<sup>517</sup> los proyectos de la academia de San Lucas, desde antes de los estudios de Toesca, los usarían a destajo y él mismo los empleará con acierto en el túmulo fúnebre erigido en la catedral al fallecimiento de Carlos III. Vancouver transmite la orgullosa pretensión de los habitantes de Santiago, en el sentido que el de los tajamares se erigió "a imitación del que existe en la plaza de *San Pedro en Roma*".<sup>518</sup>

Tanto por sus logradas proporciones como por su airosa prestancia, sobre el parapeto de los tajamares, el obelisco constituyó un auténtico hito urbano: referencia vertical delante de los sinuosos perfiles de la cordillera y de las vastas extensiones horizontales del lecho del río, su noble pedestal, provisto de zócalo y cornisa, tuvo como principal objeto dar digna cabida a la correspondiente tarja conmemorativa; encima fue montado en su propio pedestal, obrándose la reducción de la superficie de apoyo por medio de una generosa *escocia*, con su remate; sobre el cual, con una primera sección vertical, y luego una faja, luce el obelisco propiamente tal, con sus caras trapezoidales y su remate en pirámide, todo resuelto armónicamente. Dejada aparente la albañilería de ladrillo, la tarja, de piedra, pone:

D. O. M.

REYNANDO CARLOS III Y

GOBERNANDO ESTE REYNO

DON AMBROSIO HIGGINS DE VALLENAR

MANDÓ HACER ESTOS TAJAMARES

AÑO DE MDCCXCII<sup>519</sup>

Con el transcurrir del tiempo, la obra de los tajamares comenzó a manifestarse ante los habitantes como un inimaginado prodigio. De dimensiones faraónicas, continuó avanzando implacablemente ciñendo la traza por todo su frente norte hasta completar, en 1808, la enormidad de treinta y tres cuabras. Una de las más importantes obras de ingeniería de América, en las superficies ganadas al río surgirían plazas, alamedas y jardines, complejos deportivos como el mencionado juego de pelota vasca, fuentes y, lo más interesante, el mejor paseo de la capital.

En efecto, ya Vancouver advierte en 1795 que "suministra a los habitantes no solamente entera seguridad contra la inundación, sino también un agradable paseo. A orilla del agua tiene una terraza con parapeto de altura suficiente y de un cuarto de milla de largo, al cual se sube por gradas cómodas, colocadas convenientemente y de donde la vista domina Santiago y las regiones vecinas". Todos los viajeros lo describirán junto con la catedral, el Cabildo y la Casa de Moneda como uno de los motivos de mayor interés, dignos de ser conocidos por los visitantes. El inglés Samuel Haigh, por ejemplo, dice en 1817 que en los días de fiesta "las niñas van al Tajamar muy elegantes, en sus calezas arrastradas por una mula [...] Muchos de los peatones se pasean sobre la muralla del Tajamar, que es con mucho el paseo más agradable de Santiago: un camino ancho y recto como de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escaños de piedra y que a ambos lados del camino están sombreados por árboles siempre verdes [...] La Cordillera -concluye- le da por las tardes una magnífica variedad de colores, producidos por los reflejos de los últimos rayos del sol poniente sobre los elevados picachos de las montañas".<sup>520</sup>